

# Detrás de la razón de Estado está Hiroshima, está Guantánamo, está Gaza

Los «fragmentos» de la guerra mundial en curso en estos últimos meses se han vuelto a anudar de forma cada vez más contundente, mientras se multiplican los frentes. Después de más de tres años de combates entre la OTAN y Rusia, que han literalmente arrasado la vida en el este de Ucrania, y mientras en Gaza y Cisjordania, desde hace dos años, Israel perpetra —mediante bombas, colonias y hambre— un genocidio que ha causado entre los palestinos 75 000 muertos, 377 000 desaparecidos y más de 2 millones de desplazados, justo mientras escribimos nos vemos obligados a presenciar *en vivo* las imágenes de la agresión imperialista de Israel y Estados Unidos a Irán, con el pretexto de las armas atómicas. Un ataque sin precedentes y, obviamente, sin reglas, defendido por todo el bloque occidental que, en palabras del primer ministro alemán, admite con franqueza: «Israel hace el trabajo sucio por todos nosotros». Y en la respuesta militar y comercial de la teocracia capitalista persa, que amenaza con cerrar el estratégico estrecho de Ormuz, se involucra a China, mientras que el tránsito de un buque de guerra británico por el estrecho de Taiwán amenaza con desencadenar un conflicto directo. Como ha expresado correctamente la Asamblea Saboteemos la Guerra, «[e]n una guerra entre regímenes tan odiosos, los únicos héroes son los desertores» (p. 32).

Nos encontramos ante una expresión más de aquella profecía según la cual la espiral mimética de la violencia humana, trasladada al Estado moderno, tendería «a la guerra total, a la masacre infinita»<sup>1</sup>. Poco importa que la «guerra de los doce días» haya terminado. Cualquier tregua coyuntural no cambia en absoluto la posibilidad de *aniquilación* del mundo a la que estamos sujetos en la era atómica y que el concepto de «disuasión» mistifica<sup>2</sup>: desde el lanzamiento de las bombas sobre Japón en 1945, toda la humanidad vive en una situación de completa eliminabilidad y el peligro siempre latente provocado por la producción de armas nucleares que no puede terminar, salvo que con la misma fin del mundo. En este sentido, el paralelismo entre Fordow e Hiroshima evocado por Trump es involuntariamente acertado. A pesar de que la cantidad de bombas actuales ya es suficiente para destruir el mundo, hasta el punto de que su efecto no es susceptible de ningún «incremento», la espiral de rearme no se detiene. La economía de guerra sirve sobre todo al capital financiero e implica la consolidación de una élite de superricos, mientras que millones de explotados —desposeídos de cualquier forma de *autonomía*— se ven reducidos al hambre, con nuevos recortes en sanidad, educación y pensiones. Europa y sus «coalición de voluntarios» se movilizan para la defensa, derogando el sagrado Pacto de Estabilidad, no sin antes haberlo utilizado para estrangular a Grecia, con el colosal plan «Readiness 2030» de 800 000 millones, que prefigura una burbuja especulativa útil para los grandes fondos estadounidenses (en este sentido no es casualidad que Merz sea hombre de BlackRock); la OTAN de Rutte (también hombre de los «Big Three») sube el gasto militar de un 5 % del PIB para 2035 contra la «amenaza existencial» de Rusia. En el campo occidental, los intereses en parte divergentes de la patronal coinciden exactamente en un punto: la guerra.

Los Países bálticos, seguidos por Ucrania, están preparando una barrera de 3450 km de minas antipersona en clave antirrusos. Estonia tiene la intención de acoger cazas F-35 de la OTAN capaces de transportar bombas nucleares, mientras que, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, se despliegan tropas alemanas en el extranjero, justo en Lituania.

1. René Girard, *Portando Clausewitz all'estremo*, Adelphi, 2008.

2. Preguntarse «¿y si se utilizara la bomba?» es engañoso, «porque la bomba se utiliza constantemente» a través de los experimentos y la lógica del terror. El concepto de «disuasión» sirve para volver aceptable lo impensable: que podamos exterminarnos a nosotros mismos. Günther Anders, *L'uomo è antiquato*, Vol. 2, Bollati Boringhieri, 1992.

Y si Berlín quiere convertir a su ejército en «el más fuerte de Europa», para lo cual ya se ha aprobado el regreso del servicio militar obligatorio, en Italia el gobierno propone crear una reserva de 10 000 voluntarios, anunciando que se reclutarán 40 000 militares más. ¿Quizás el Estado «incluira» a emigrantes y mujeres, según los deseos de más de un progresista? Para la guerra contemporánea también se necesitan nuevos tipos de soldados, *técnicos*, posiblemente informáticos e ingenieros, como recién declarado por el ministro de Defensa Crosetto. No es casualidad que en la AI+ Expo de Washington DC, organizada por Palantir, estuvieran presentes delegaciones israelíes, ucranianas y taiwanesas, los tres frentes de la guerra mundial en desarrollo<sup>3</sup>. La decisión del fundador de Spotify, Daniel Ek, de invertir 690 millones en la start-up bélica Helsing AI<sup>4</sup> confirma la tendencia: economía de guerra y alta tecnología para el deleite de los nuevos «dueños del vapor» (los capitalistas, N. del T.)... a la espera de la *ouverture* (el arranque, N. del T.).

### Crisis moderna y autoconservación del orden establecido

Desde el levantamiento de Los Ángeles en 1992, pasando por los disturbios del «Black Block» y luego de las *banlieues* francesas (los barrios periféricos, N. del T.) en llamas, desde los «ataques terroristas» hasta las «guerras contra el terror», desde la crisis de la deuda soberana hasta las crisis migratoria y climática, desde la pandemia de COVID-19 hasta la guerra en Ucrania y el genocidio en Gaza. No hay nada nuevo en la banalización semántica de la categoría de «emergencia»: esta, en su vínculo con la de «crisis», ha acompañado a lo largo de todo el siglo XX los esfuerzos de comprensión del Estado. Es 1789 el evento por medio del cual la «crisis» — cuya etimología (*krino*, *krisis*) remite a la *separación* y a la *decisión* definitiva entre alternativas irreconciliables — se convierte en umbral escatológico. Si en un principio son el médico, el militar, el juez y lo divino quienes deciden en un «tiempo que se acaba» (vida/muerte, éxito/fracaso, razón/error, salvación/condena), a lo largo del siglo XVIII el concepto se vuelve épico<sup>5</sup>. Rompiendo con el pasado y asumiendo la idea de vivir en una «*époque de transition*» (época de transición, N. del T.), es el régimen de historicidad de la época revolucionaria, en la que el tiempo se convierte en fuerza motriz en el sentido de una progresión lineal de acontecimientos abiertos a un nuevo futuro, lo que da vida a la «historia en sí y por sí» propia de la modernidad europea, luego extensa a nivel planetario. Modernidad es crisis, entendida como aceleración, por lo cual el aporte teológico «mundanizado» del acortamiento del tiempo que antecede el juicio final (ahora convertido en tarea humana) coexiste con su experiencia real (la aceleración del mundo capitalista moderno), vinculada a la transformación tecnocientífica y industrial de la sociedad. Hoy en día, en la era atómica, vivimos con la sensación de que una crisis definitiva se acerca cada vez más a su realización efectiva.

Es en el marco de la crisis moderna —que no es mera expresión del lenguaje económico— donde deben entenderse los esfuerzos de autoconservación del orden estatal, de los que forma parte el uso extensivo de la categoría de «emergencia». En ellos se entrelazan el gobierno democrático y el *arcana imperii* (los secretos del estado, N. del T.), lo ordinario y lo extraordinario. Si creemos, además, que el poder no responde al mero lenguaje del derecho, podemos comprender cómo el «gobierno de emergencia», una condición hoy *infinita*, no puede reducirse al solo núcleo de la soberanía<sup>6</sup>. Se encuentra en múltiples y difundidas artes prudentiales, que van desde el retorno de la razón de Estado y sus secretos (el uso del decreto ley, los lotes de armas enviados a Ucrania, el espionaje ilegal a través de Paragon) a la producción del miedo a través del discurso público (desde el propagador de pestes hasta el desertor/enemigo interno), desde la banalización de los instrumentos de vigilancia en el uso cotidiano (la biometría para acceder a la burocracia o a los sistemas de transporte) hasta el uso de la urbanística para controlar la circulación (ZTL y Zonas Rojas). Como demuestran de forma más extrema los Territorios ocupados en Palestina, donde el trazado de una carretera puede tener la misma importancia que una frontera.

Las formas de autoconservación del orden establecido adquieren las características de intentos de cooptación a través de la propaganda de los pseudointelectuales de la guerra — los Scurati que invocan «el espíritu combativo» de Europa, los Galimberti que se oponen a la paz «que adormece», los Serra con casco de combate que salen a la calle «por la libertad» —,

3. Ni que el desfile militar organizado por Trump con motivo del 250 aniversario del ejército estadounidense fuera financiado por Palantir, Oracle, Amazon, Coinbase y Lockheed Martin

4. Que proporciona drones a Ucrania.

5. Reinhart Koselleck, *Crisi. Per un lessico della modernità*, Ombre Corte, Verona, 2012

6. Como desearían algunos teóricos del Estado de excepción, para quienes el ejercicio del poder se reduce a la decisión soberana que impone y suspende el derecho.

que han resultado un fracaso y a veces han sido abiertamente contestados, como en Venecia (p. 35), y de los mucho más eficaces instrumentos de *represión*, desde el decreto ley de seguridad que criminaliza la disidencia y la pobreza, hasta el uso cada vez más generalizado del dispositivo «terrorismo» contra individuos y poblaciones. Por debajo de este clamor se perfila, silencioso, el andar aparentemente imparable de la técnica moderna, cuyos dispositivos están destinados al *encarcelamiento* militar-digital de la sociedad.

### Terrorismo y terror de Estado

Cuando la humanidad *sacrificable*, mano de obra explotada y carne de cañón que son imposibles de distinguir entre sí desde hace mucho tiempo, no se somete dócilmente al reclutamiento, los dispositivos represivos, que se alimentan como siempre de palabras, intervienen para aislar y castigar al enemigo interno de turno<sup>7</sup>. El «Terrorismo» es un dispositivo cultural y jurídico cada vez más amplio, por ser *indeterminado*, que afecta no solo a los subversivos, sino que a todos los excluidos, los «inútiles», una humanidad *intrínsecamente* susceptible, incluso con bajos niveles de conflicto real, de detener el verdadero terror. Emblemático es el caso de Alexey Rozhkov (p. 36), cuya acción contra las oficinas de reclutamiento en Rusia se transformó, durante la guerra, de acto contra la propiedad privada en un acto terrorista.

Algunos ejemplos en el ámbito occidental. El genocidio en curso en Gaza se ha presentado como una operación contra los «terroristas de Hamás». Trump y Musk tachan los ataques contra los concesionarios de Tesla como actos de «terrorismo». En Francia, bajo el cargo de «apología del terrorismo», a partir del 7 de octubre cientos de activistas, sindicalistas y ciudadanos comunes son perseguidos únicamente por expresar abiertamente su apoyo a Palestina. En Alemania, la organización de solidaridad con los presos palestinos «Samidoun» ha sido prohibida, no solo por ser considerada «antisemita»<sup>8</sup>, sino también por apoyar a «organizaciones terroristas». En el Reino Unido, el Parlamento vota la proscripción de «Palestine Action» como «organización terrorista». En Estados Unidos, la categoría de «terrorismo interno» se utiliza tanto contra Antifa como contra los opositores a proyectos paramilitares como «Cop City» en Atlanta. La prisión más grande de América Latina, en El Salvador, a donde se envía a los deportados de Estados Unidos, se inauguró con el acrónimo CECOT, «Centro de Confinamiento del Terrorismo». Hoy en día, el I.C.E., utilizado para expulsar tanto a emigrantes como a estudiantes pro-Palestina, desentierra uno de los símbolos más recientes del terror de Estado: la prisión de Guantánamo. El Estado italiano no se queda atrás, si pensamos en el protagonismo de la DNA(A) —la Dirección Nacional Antimafia que en 2015 se convirtió también en «Antiterrorismo»—; en la introducción, con el Decreto Ley «Seguridad», del delito de «posesión de material con fines terroristas» (el llamado «terrorismo de la palabra»); al juicio en contra de Anan, Alí y Mansour, mercancía de intercambio entre Estados con el fin de consolidar relaciones estratégicas de naturaleza comercial y militar, como delineado por el Colectivo Hurriya (p. 26).

Hoy en día, el «terrorismo» es un arma de terror estatal<sup>9</sup> que se suma a los planes de guerra. Por ello, proponemos un análisis histórico de este concepto y de su apropiación por parte del poder (p. 5), en estas latitudes en términos de disciplinamiento del frente interno con carácter esencialmente *preventivo*.

### Quemar la máquina del terror

Pensemos en la extensión de las técnicas militares para la detección de amenazas internas en las ciudades, que se ha impuesto precisamente a través del dispositivo del «terrorismo». En las interpretaciones corrientes, la guerra contra los enemigos externos se mantiene separada de los diversos frentes de guerra interna contra los explotados, mientras que los aparatos tecnológicos revelan su continuidad absoluta. Si el desarrollo tecnológico en el ámbito civil y en el ámbito militar se encuentran en una relación de circularidad<sup>10</sup>, la técnica moderna es, en general, el reflejo de lógicas coloniales y militares.

7. No se trata de una tendencia coyuntural, desde la legislación de emergencia «antiterrorista» en la Italia de los años setenta, pasando por la francesa inspirada en la guerra contrainsurgente en las colonias, hasta la «guerra contra el terrorismo» promovida por Estados Unidos tras el 11 de septiembre, que abrió las puertas a la vigilancia panóptica global y interna.

8. Con la equiparación, ya automática, entre antisionismo y antisemitismo

9. Que también se manifiesta en el uso por parte del Estado de grupos etiquetados como «terroristas», como es el caso de Israel, que arma a bandas yihadistas contra Hamás, de forma similar a lo que ocurrió en Siria a manos de Turquía en su lucha contra Assad.

10. No solo lo que se diseña con fines bélicos acaba destinándose al uso comercial, como en el caso de Internet, sino que, cada vez más, lo que se experimenta en contextos de «paz» sirve para alimentar la guerra.

Por eso hemos profundizado en los diferentes rostros de la empresa Palantir, emblema de la interconexión entre *inteligencia*, antiterrorismo, big data, Inteligencia Artificial, industria militar y vigilancia interna (p. 11). Es justo la infraestructura de acaparamiento y procesamiento de datos la que une explícitamente los distintos frentes de guerra. Al volver a publicar un comunicado de CLODO (p. 43), un grupo francés que en los años ochenta reivindicó varios ataques contra empresas informáticas, hemos repasado cómo, ya en el pasado, los enemigos de la guerra identificaron su objetivo en las computadoras, un papel que hoy podrían desempeñar los centros de datos. El vínculo entre Técnica y Guerra se abordó posteriormente moviendo desde sus bases materiales, con una contribución del Colectivo Escombrera (p. 14) sobre los intentos europeos de garantizarse, a través de la mitología de la transición energética y digital, los recursos mineros necesarios para los planes de rearme, creando nuevas (o viejas) «zonas de sacrificio».

A principios de los años setenta, la introducción del campo de batalla electrónico en Vietnam proporcionó el modelo para las tecnologías de vigilancia de las personas con antecedentes penales en barrios considerados «peligrosos», como Harlem. Harlem es hoy territorio de expansión de la Universidad de Columbia, parte de la Ivy League, que se ha distinguido por la represión de sus estudiantes en pie de lucha contra el genocidio sionista. El 30 de abril, los puestos de control de seguridad introducidos en respuesta a las movilizaciones por Palestina fueron dañados. El grupo que llevó a cabo la acción (p. 31) actuó a partir de este entendimiento: los mismos dispositivos coloniales utilizados en Palestina también actúan en el corazón del imperio contra rebeldes (o revoltosos) y migrantes. Esto es lo que está ocurriendo también en nuestras latitudes, como se evidenció en un reciente piquete y luego marcha que se realizaron en Turín contra Collins Aerospace, una importante fábrica del sector aeroespacial, y la *zonificación* de la ciudad que se convierte en un auténtico campo de batalla (p. 30).

### Si Gaza está en todas partes

Si después de 1945 se escribió que «Hiroshima está en todas partes», hoy, ante el primer genocidio algorítmico de la historia, «Gaza está en todas partes». Los Ángeles y las periferias de nuestras ciudades se parecen a Gaza, porque las operaciones policiales y militares contra los migrantes, los subversivos y los «inútiles» no solo recuerdan las incursiones de las Fuerzas de Defensa de Israel en Cisjordania, sino que se basan en el mismo racismo y clasismo, en las mismas prácticas legales e ilegales, en las mismas prisiones y tecnologías.

Si Gaza está en todas partes, entonces también el gesto humano de rechazo y lucha radical, dondequiera y comoquiera que se dé, puede contribuir a trabar la maquinaria general de la guerra. Resplandores siguen iluminando la oscuridad (p. 40). En la Costa Azul, el sabotaje de las instalaciones eléctricas por parte de dos bandas anarquistas (p. 23) ha dejado sin electricidad los centros de investigación y las fábricas de Thales Alenia Spazio y sus subcontratistas, el aeropuerto y todas las demás instalaciones industriales, militares y tecnológicas de la zona. Y si los cientos de miles de soldados que siguen desertando de las trincheras del frente oriental vienen remplazados por drones, mientras que en Ucrania la rabia contra la guerra registra dificultades para organizarse (p. 37), no se puede decir lo mismo del «vientre de la bestia». En Estados Unidos, la oposición al fenómeno social global que es la guerra adquiere de forma cada vez más contundente los rasgos de una guerra civil *vertical*, de abajo hacia arriba. Así lo demuestran tanto la ola de campamentos y la destrucción «apocalíptica» en los campus universitarios en solidaridad con Gaza (p. 16), que ha dado impulso organizativo a los recientes disturbios de la «Raza»<sup>11</sup> y sus cómplices contra el I.C.E. (p. 24), como las acciones individuales. Es el caso de la llevada a cabo por Elías Rodríguez, que asesinó a dos altos funcionarios sionistas de la embajada israelí en Washington con la esperanza de detener la masacre llevando la guerra a casa (en la contraportada). Volcar el miedo contra los gobernantes, los científicos, los industriales, los militares... para que renuncien —por miedo, no por ética— a sus sucias actividades, es la invitación que el «pacifista» Günther Anders expresa causando revuelo en 1987 (p. 46). Bajo las cenizas, están las brasas ardiendo.

Si en todas partes, detrás de la «razón» del Estado, está Hiroshima, está Guantánamo, está Gaza, entonces cada chispa puede contribuir a quemar la máquina del terror.

---

11. Término al que los latinoamericanos (en mayoría los chicanos, N. del T.) han dado un nuevo significado en Estados Unidos para autodefinirse.